

HERIDAS ABIERTAS

BEGOÑA MÉNDEZ

HERIDAS ABIERTAS

Heridas abiertas

Copyright © Begoña Méndez, 2020

De esta edición:

Copyright © Wunderkammer, 2020

Major, 4. 17731 Terrades (Girona)

info@wunderkammer.es

www.wunderkammer.es

Diseño de colección: Hermanos Berenguer

Maquetación: Laura Hoet

Impresión: Black Print CPI Ibérica

ISBN: 978-84-949725-9-1

DL GI 117-2020

En cubierta: Calcedonia roja

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
Incluido el diseño tipográfico, de portada y de los materiales
adjuntos, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento escrito del editor.

Cahier
n.º 5

WunderKammer

Begoña Méndez (Palma, 1976) es licenciada en Lingüística General y en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona. También en la UB, se remasterizó en Literatura en la Era Digital y más tarde fue Premio Extraordinario en el máster de Humanidades de la UOC, con un trabajo centrado en *Diario de juventud* de la escritora uruguaya Idea Vilaríño. Es profesora de lengua y literatura en una escuela de adultos y colaboradora en las revistas culturales *Pliego Suelto*, *El Cultural* y *Mercurio*. Ha publicado *Una flor sin pupila y la mujer de nieve* (Sloper, 2019), artefacto literario hecho de versos, escritura automática y collages.

*«Hay cicatrices que se rebelan para volver
a su condición primera: heridas. Y su frenesí no se conforma
tampoco con retroceder un ciclo: quieren el acto nuevamente».*

Alejandra Pizarnik, *Diarios*

ÍNDICE

I. Una introducción a los diarios íntimos.....	13
II. <i>Libro de la Vida</i> de Santa Teresa: la confesión convertida en autoridad.....	29
III. Soledad Acosta, Zenobia Camprubí y Lily Íñiguez: señoritas entre la obediencia y la subversión.....	37
IV. Teresa Wilms y Marga Gil Roësset: poéticas suicidas o mujeres educadas para ser de otros.....	55
V. De la carne y la sed: <i>Diario de juventud</i> de Idea Vilariño y <i>Diarios</i> de Alejandra Pizarnik.....	79
VI. Los diarios de Susan Sontag o el descubrimiento de la vida del cuerpo.....	99
VII. La princesa montonera: la intimidad como arma política.....	111
Epílogo.....	119
Bibliografía.....	125

I

UNA INTRODUCCIÓN A LOS DIARIOS ÍNTIMOS

Durante un tiempo viví instalada en el solip-sismo, renegada de una cotidianidad que, de repente, se me había hecho ajena y monstruosa. Fue una época de insomnio y de mucho miedo. Era todavía de noche cuando me levantaba de la cama, me preparaba una taza de café negrí-simo y me sentaba a la mesa de mi estudio. No recuerdo cómo empezaron los collages; solo sé que una mañana compré revistas viejas y que era de noche cuando cogí las tijeras de mi cocina. Contra mi incapacidad para articular palabra, la desmembración de imágenes y de textos de otros, la superposición y la acumulación de símbolos en los que poder decirme; la búsqueda agónica de mi identidad devastada, al borde de la desaparición. Y en la fiebre de mi

sueño, en la anestesia de la duermevela, comprendí que aquellos collages revelaban mis llagas invisibles que, en aquellos recortes, mis heridas más íntimas se hacían exterioridad pura: figuraciones de mi carne y sus estigmas, capturas de mis gritos mudos, instantáneas del desconcierto habitándome dentro. Era poderoso verse de repente con tanta claridad tras la oscuridad del trabajo obsesivo; era perturbador constatar que todo aquel amontonamiento de fragmentos era mi vida en aquellos días. Sobre la tapa de mi cuaderno cuadriculado escribí dos palabras: *diario gráfico*.

Pero no me bastaba intuir que mi *yo* estaba contenido en las publicaciones llenas de polvo que apilaba en mi casa; no era suficiente sentir que aquellos materiales antiguos de mercadillo y librerías de viejo me contenían. *Yo* en revistas femeninas, *yo* en las enciclopedias escolares, *yo* en los manuales de iniciación a la fotografía. Supe entonces que necesitaba dejar de decir *yo*, escuchar la voz de otras mujeres, sus testimonios de vida, salirme de mí, reconstruirme tal vez a través de ellas. Y ocurrió que encontré textos íntimos de autoras en la periferia, mujeres perplejas en el hecho de estar vivas, escrituras en sombras o en el secreto, que apenas si eran un vestigio en los mapas literarios. Seguí el eco de sus palabras porque en sus diarios y cuadernos

encontré fragmentos de mi propia existencia que yo no había podido decir. A partir de ahí, empecé a indagar en sus obras y en sus nombres.

Santa Teresa, Soledad Acosta, Zenobia Camprubí, Teresa Wilms Montt, Lily Íñiguez, Marga Gil Roësset, Idea Vilariño, Susan Sontag, Alejandra Pizarnik y Mariana Eva Perez son las autoras objeto de este ensayo. La elección responde a un criterio personal que es, sin embargo, perfectamente transferible: la convicción de que su literatura nos saca del centro, que sus textos nos cambian la mirada y transforman nuestra vivencia del mundo. Leer a estas escritoras supone transitar las orillas de la existencia, allí donde las identidades empiezan a temblar. Sus cuadernos nos enseñan que arriesgarse a hacer equilibrios vale la pena, que la intimidad es un territorio fértil de certezas extraviadas y verdades huidizas, una frontera caída, un espacio residual donde un *yo* siempre convulso se compromete con el sí mismo, pero también con su extrañeza. Sus diarios íntimos nos dejan ver de qué modo las identidades están atravesadas por una intensa sensación de extranjería que rasga la epidermis del *yo* y exige abrirse a lo otro o, como escribió Alejandra Pizarnik: «El horror de habitarme, de ser —qué extraño— mi huésped, mi pasajera, mi lugar de exilio».

Este libro existe por todas las autoras que decidieron agazaparse en sus destierros interiores, por todas las mujeres que transformaron su malestar y su marginalidad en parajes para la rebelión artística, en territorios para la insubordinación y la conquista de sí. Mi escritura no sería posible sin todas estas mujeres capaces de convertir sus encierros, físicos o simbólicos, obligados o elegidos, en territorios autónomos y libres donde desarrollar su actividad literaria. En este ensayo, quiero acercarme a las poéticas de la intimidad femenina: cuerpos raros y multiformes caracterizados por la imbricación irresoluble entre escritura y vida; una hibridación que, en su versión más radical, implica que solo con palabras es posible aprehender la propia existencia, tal como anotó en su diario Idea Vilariño: «Este cuaderno es lo único que me une conmigo misma. Haciendo la vida que hago, sin tiempo de silencio, de reposo, para mí, me pierdo. Estas páginas me dan como una unidad. Sin leerlas, con solo saber que existen estoy, en cierto modo, segura. Es una manera de retener la vida que se va como agua. Además, sí, escribo para decir mucho de lo que no puedo decir, tal vez para justificarme, para explicarme ante mí misma. O algo como son los poemas. No sé».

De la fusión entre lenguaje y vida se deriva otra de las características fundamentales de los diarios: la

identificación entre cuerpo y escritura o, como anotó Susan Sontag en su diario de madurez, «el arte mayor parece una excreción»; en la intimidad de sus cuadernos, la neoyorquina escribió para «drenar la obsesión» y aliviar el sufrimiento interior. Su concepción de escritura íntima se hace extensible al resto de las escritoras de este pequeño ensayo; sobrecoge el modo en que todas ellas dejaron sus cuerpos impresos sobre el papel. La vida y la carne son, en los diarios, marca escrita, lenguaje y signo, como en esta entrada de Teresa Wilms:

«ESTE ES MI DIARIO. En sus páginas se esponja la ancha flor de la muerte diluyéndose en savia ultraterrena y abre el loto del amor, con la magia de una extraña pupila clara frente a los horizontes.

Este es mi diario. Soy yo desconcertadamente desnuda, rebelde contra todo lo establecido, grande entre lo pequeño, pequeña ante el infinito...

Soy yo...»

En los diarios, la intimidad se gesta en el túetano de la experiencia cotidiana y emerge en la soledad de la habitación o de la casa. Una escritura enclaustrada que, sin embargo, quiere irse a algún otro lado. Porque hay en las diaristas, aun en las más secretas y en sombras, incluso en las más periféricas, una voluntad de ser leídas, conscientes como son del valor de su labor literaria.

El diario íntimo es, a la vez, cerrazón y entidad comunicativa: como en todo género literario, está siempre inscrita la huella de un posible lector. Un destinatario postergado y desconocido, a veces confuso, a veces sin rostro; el más desconcertante, el vacío, la grieta que las palabras íntimas abren en el interior de la diarista, como cuando Vilaríño afirma que su diario está «escrito para nadie, para nada, ni siquiera para mí». Con frecuencia, las autoras establecen un diálogo consigo mismas y se convierten en su propia receptora: «Ahora, pondré empeño en escribir todas mis impresiones y pensamientos ejercitándome así para lo que quiero llegar a ser: una escritora», se promete a sí misma Lily Íñiguez. En otras ocasiones, el destinatario es el diario, transfigurado en cómplice y confesor: «¡Mi Diario!, tú solo sabes el interior de mi corazón, tú no más conoces lo que pasa en mi alma, tú no más sabes las emociones secretas, las alegrías que por momentos siento y los pesares muchas veces tan profundos que me agitan», escribe Soledad Acosta. Ocurre además que el diario, como excavadora en la interioridad de los sujetos, hace brotar la extrañeza del *yo* y entonces las autoras, estupefactas, hablan con ellas mismas como si fueran otra: «Ella, la que está aquí acostada pensando ¿qué hace? ¿qué es? Todo este conjunto de querer y no querer. La que habla, la que ac-

túa, la que quiere ¿yo? Indudablemente alguien. Yo. Y eso mudo, silencioso, ojos por encima viendo todo lo otro, ¿yo?», anotó Vilaríño.

En los orígenes de los diarios femeninos, el destinatario primero, el más inmediato, fue un ojo vigilante y censor. Algunos de los cuadernos que propongo leer aquí son la prueba de una intimidad de mujer concebida como territorio sometido a la Iglesia y a la familia, como un cuerpo susceptible de ser penetrado por la mirada ajena. Alguien que puede ser Dios, el prometido, el esposo o el padre, pero también la madre, como en el caso de Zenobia Camprubí, que inició su diario por consejo materno: «Mi único deseo es que mi madre me dé una referencia de qué cosas útiles contar de mi vida». La existencia de lectores guardianes de la mujer interior supone que en ningún otro lugar como en los diarios se manifiestan de manera tan explícita las herramientas ideológicas con que la cultura patriarcal ha custodiado la intimidad de las mujeres. Pero esta intromisión posibilitó, paradójicamente, que las escritoras desarrollaran estrategias e instrumentos para transformar sus sujeciones en subversiones. Por eso, quiero diseccionar sus poéticas y ver de qué modo el diario íntimo pasó de ser una escritura entre rejas a una literatura insolente, libre y atrevida, y llena de heridas abiertas.